Nuestros relojes

Beatriz Espejo

Dos personas, en su juventud, se conocen y se atraen. Sin embargo, a pesar de las palabras, las citas y las miradas, nunca coinciden los tiempos que marca el reloj de cada una… Luego de viajes, distancias y reencuentros, cuando ya la tristeza, las pérdidas y el duelo se cruzan en el camino íntimo de cada uno, el hombre cae en el abismo vivo de una enfermedad que está signada por el olvido.

Para mi amigo, el artista Gelsen Gas, que mientras lo guiaba una luz amarilla fue besado por Dios, el viernes 17 de julio de 2015

Nuestros relojes nunca marcaron la misma hora. Hubo un campanazo en que lo conocí vestida de negro por la muerte de mi padre llegando a la Casa del Lago para buscar consuelo, acompañada de Juan José. Lo vi pasar. Manejaba en sentido contrario y me pareció muy bello. Al poco rato estaba parado junto a la ventanilla del coche que me conducía y acababa de estacionarse y me entregó un poema. El primer verso lo escribió con uno de sus juegos retóricos que tanto le gustaron, "No es feíta, si es Beíta…". Esto te pertenece, dijo con su risa de anuncio. De la sorpresa pasé a corresponderle la sonrisa. Quizás aún guardo ese texto en una caja de tesoros clausurada. No lo sé. Guardo la memoria de los verdes árboles suntuosos del camino y la tarde templada de septiembre en que mi corazón sufría. Declinaba el sol y Arreola esperaba sobre el primer escalón de la entrada como salvaguardando sus dominios. Desde entonces nos vimos con frecuencia. Era la época en que mamá padecía hondas y agresivas depresiones. Lo corrió varias veces de mi casa. ¿Trece tal vez? Siempre volvía pero después el número cabalístico hizo su efecto y no regresó. Yo dirigía la revista *El Rehilete*. Publiqué en sus páginas una incipiente prosa breve pretendiendo impresionarlo. No lo impresioné; sin embargo lo felicitaba el 2 de agosto, día de su santo, Ángel. De pronto me preguntó cuál era mi color favorito. El morado. Pintó su coche de morado y Arreola dijo que de tan feo daba vergüenza ocuparlo. Yo me mantuve callada y orgullosa sin dar pie a comentarios. En realidad nunca caminamos ni para atrás ni para adelante. En esa época la revista *Caballero* publicó un extenso artículo nombrándolo el *playboy* del año. Se veía espléndido en su saco azul marino y sus pantalones beige mirando la cámara entre impertinente y contento; pero nuestros relojes no marcaban el mismo tiempo. Repentinamente preguntó si podía llevar a su madre para presentarle a la mía que empezaba a recuperarse y planeó una cena magnífica. Pensé que pediría mi mano. No fue así. Conversamos trivialidades y olvidamos cosas trascendentes. Luego me hice novia de un arquitecto. Jamás fue una relación profunda. Preferí viajar a Estados Unidos para dar clases en Monterey Peninsula College y aprender el inglés que pierdo y cada vez hablo más mal. Regresé comprometida con un joven abogado. Lo dejé apenas pude; sólo importaba que nuestros relojes continuaban sin sonar a la vez y nuestras relaciones se extendieron por meses y los meses se volvieron años. Él

era tan apuesto como siempre. Las mujeres lo acosaban y se dejaba acosar. De pronto anunció que cerraría en mi honor el Foro de los Hermanos Castro, un lugar de moda por aquel entonces. Acepté encantada. Nos encontraríamos antes en una fiesta del Camino Real. Llegué con mi mejor ropa y mis mejores aretes; pero nuestros relojes permanecían descompuestos. Esa noche conocí a mi primer marido y, quizá me equivoco, fue un flechazo a primera vista. Al poco tiempo Él me dijo: "Estás enamorada". "¿Cómo lo sabes?". "Porque pasaste junto a mí y no me viste". ¿Sería verdad? El caso es que hace unas semanas me llamó Tomás Parra para decirme que Gelsen se hallaba sumido en la existencia sin existencia del Alzheimer. Cuando lo llamaban por teléfono no entendía quién le hablaba. Lo había rescatado su hermano. Después me marcó un primo, otro amigo y otro más. Yo pasaba nuevamente por un terrible duelo y aun así me atreví a telefonearle. Contestó enseguida diciéndome que era un lujo hablar conmigo, preguntó por mi hijo y por las cosas que escribo, aseguró que mandó comprar el nuevo libro y que no se perdía ningún número de la *Revista de la Universidad de México*. Entonces imaginé que me habían engañado y Él estaba normal. Quise conversar. Le confesé que me dio su número mi primo. No recordaba su nombre ni del amigo segundo ni del tercero a pesar de que habían tenido estrechas relaciones durante cuarenta años. Le pregunté si iba al cine. Repuso que no lo programaba. Le pregunté si estaba viviendo cerca de mi casa para visitarlo. No sabía dónde vivía yo ni dónde Él. Nuestros relojes seguían sin marcar la misma hora. Beatriz, me dijo antes de despedirnos, es como siempre un lujo hablar contigo. **u**